



# 1

**EL** cangrejo Emilio andaba en la difícil tarea de buscar un nuevo hogar. Cansado y desilusionado, veía cómo el tiempo pasaba, y pasaba, sin conseguir encontrar un lugar que se pareciera un poquito al paraíso que él soñaba.



Pero un día, cuando estaba a punto de abandonar la búsqueda, se encontró ante una bonita playa virgen.

Emilio caminó por ella muy despacio, disfrutando con la agradable sensación de la fina y dorada arena bajo sus patas.

Mientras tanto, la espuma blanca de las olas abrazaba a las grandes piedras de un espigón que entraba en el mar como si quisiera darle la bienvenida.

Emilio se plantó de un brinco sobre la roca más alta del espigón, y observó el elegante color azul que tenía el mar.



Luego, levantó la vista y sonrió a las nubes de algodón que había dibujadas sobre el cielo pintado de celeste.

—Creo que ya he encontrado mi nuevo hogar —susurró el cangrejo Emilio.



El paisaje era un estallido de colores, como en un cuadro: al fondo, plantas y flores de todas las clases.

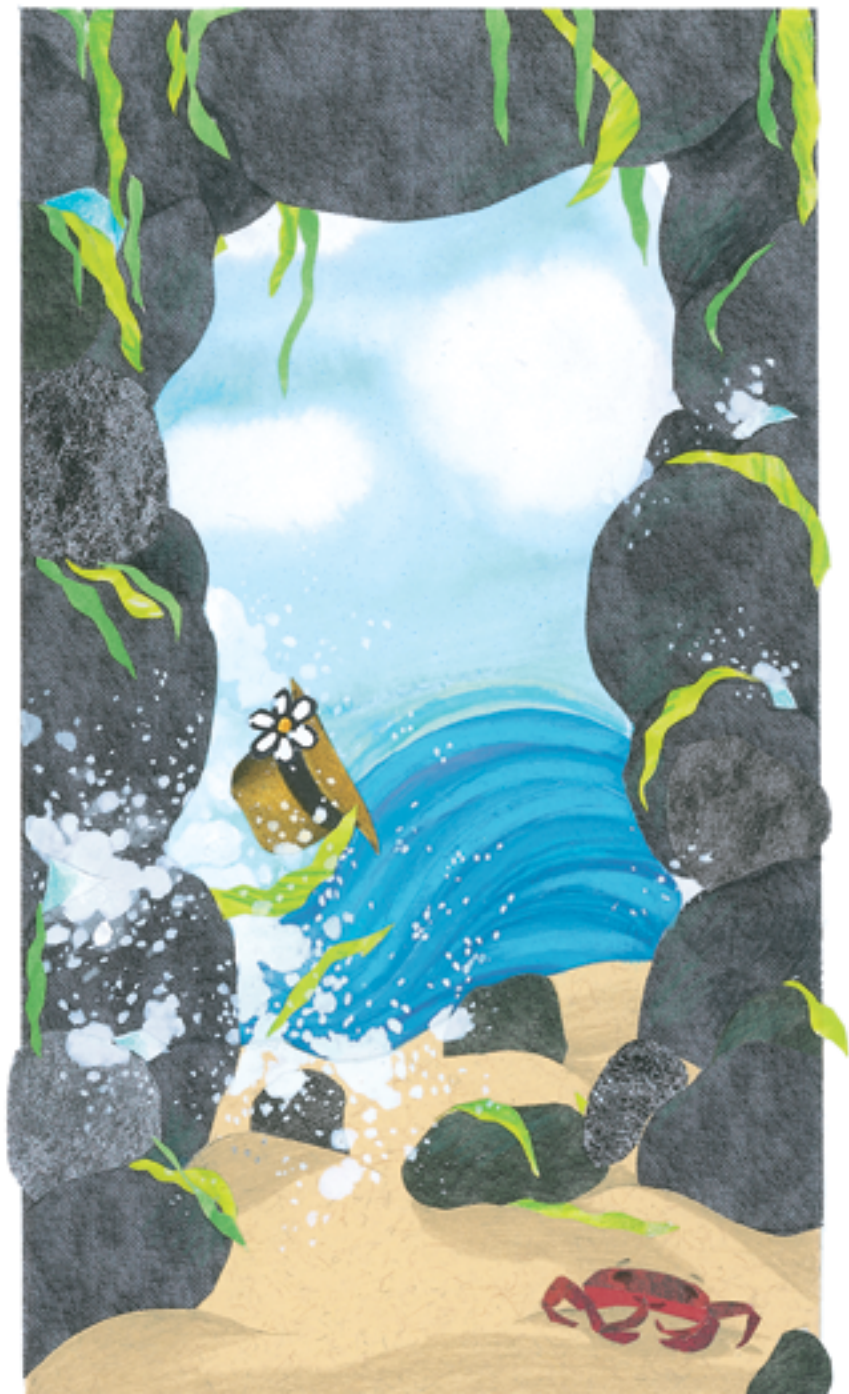
Por delante de ellas, varias dunas doradas y grandes como toboganes paseaban tan despacio que parecían no moverse.

El aire era entre salado y dulce, y provocaba una sensación de paz y serenidad.

Su paraíso soñado.

Desde el momento en que el cangrejo Emilio se instaló en el espigón, se prometió a sí mismo dar un paseo por la orilla todos los días del año.

—No habrá nada en el mundo capaz de separarme un solo día de esta maravillosa arena. Doy mi palabra —repetía una y otra vez lleno de felicidad.



En su nuevo hogar, la luz del sol no entraba más allá de la puerta, las algas se descolgaban en los rincones, las olas golpeaban a menudo y la espuma se colaba entre sus paredes de piedra.

Y así, pasaban con alegría y tranquilidad los días, las semanas, y también los meses, sin que el cangrejito Emilio faltara a la promesa de su paseo diario.

Sin embargo, él no podía imaginarse lo que estaba a punto de suceder más arriba de las nubes de algodón.

